

verán de tiempo en tiempo, atravesarán el singular puente, observarán á la mujer como amamanta á su recién nacido, le darán la bendición, que ella agradecerá con algunos puñados de arroz. No da más porque ella no puede; su culto pertenece á los penates del hombre que se ha apropiado de su persona; su adoración será siempre á intención del clan que la ha raptado.

El rapto simulado es una modesta cuestión entre los kold del Tchota Nagpour. Los amigos de la nuera arrojan terrones sobre la cabeza de los asaltantes, que contestan con chanzas, dicharachos y expresiones irónicas; la disputa acaba en grandes carcajadas. Viéndose tan mal defendida, la joven no resiste por mucho tiempo, se abandona á la menor demostración de violencia, acaba por sonreír á los vencedores, y todo el mundo va á tomar un baño paternal en el arroyo inmediato, el joven toma una colodra, puesta allí expresamente, y la oculta entre las cañas, y dice dirigiéndose á la joven: «¡Buscadla, bella, buscadla!» La otra no tarda en descubrir el objeto, pero luego lo esconde á su vez y exclama: «¡Encontradla, bello joven, encontradla!» Pero él finje torpeza; al fin carga el odre sobre las espaldas de la joven. Hace como que la empuja rudamente fuera del arroyo, luego, con propósito deliberado, hace como que la pisa los talones y la coge por el brazo. Pero su mano se hace bien pronto acariciadora, y disminuye su marcha. Y mientras que la otra marcha al trote, el hace pasar una flecha por entre el brazo y la colodra y grita: «¡Avanza sin temor, mi arco te deja el camino libre!» Cuando ella llega á la flecha, la coge delicadamente con el dedo grueso del pie y la entrega con graciosa reverencia á su amo, dueño y protector, que le da las gracias con un movimiento de cabeza. El rapto se convierte en idilio.

Los gouds tampoco toman la cosa más á pecho. Cuando la joven es secuestrada, sus hermanos y primos hacen como que no se ocupan de ello; en cambio, las hermanas y amigas atacan bravamente y dicen á gritos que harán soltar la presa á los insolentes.

Eramos tres jóvenes,
Las tres para casar;
Y juntas íbamos
Al prado á bailar.
¡Al prado, compañeras,
Que es bueno danzar!

Nosotras nos fuimos
A un prado á bailar;
Y un gentil pastor
Nos vino á buscar.

Cogió á la más joven,
La quiso abrazar;
Mas entre las tres
Pudimos rechazar...

Pero he aquí que esos malandrines, menos tímidos que el Pequeño Pastor de la canción, hacen como que saltan sobre sus buenas amigas; éstas, para no ser ellas mismas hechas prisioneras, se batan en retirada.

Entre los ouraones el combate acaba en baile, como había empezado. Después de haber cargado con sus pupilas áuestas, los tíos se enredan en una disputa que degenera en saltos y brincos y termina en bailoteo de reconciliación. A los jóvenes, bien frotados con aceite, se les presenta una lámpara encendida, símbolo de amor conyugal, cuya llama apagará el esposo. El joven también apoya su dedo grueso del pie sobre el talón de su futura, la cual se echa hacia atrás,

cayendo su cabeza sobre el hombro de su amante, que, con una gota de su sangre, le marca la frente con una mancha encarnada: acto solemne anunciado por la descarga de un arma de fuego. Paños extendidos ocultan al grupo, alrededor del cual los guerreros chocan sus lanzas con la intención de poner en desbandada á los demonios que por allí ruedan, buscando á quien devorar. Los suegros presentan la «copa de amor», llena de un licor fermentado; los contrayentes dan vueltas á un dedo y beben cada uno la mitad. Esos tres símbolos, la copa de comunión (el cáliz), la marca carmesí y los ejercicios con el pulgar del pie, encuéntrase en todas las religiones de la India, y si no nos fuese forzoso constreñirse, indicaríamos más de un rasgo similar en los ritos matrimoniales de Europa. ¿Cuando las ideas se confunden, es extraño que los signos se repitan?

Los raptos pueden no ser ficticios cuando los parientes, *muy careros*, se empeñan en pedir por su artículo un precio que el comprador encuentra exagerado. En el mercado de Singbhoum, jóvenes bien armados se arrojan sobre una muchacha: «¡Encantadora joven, síguenos!» De grado ó por fuerza se la llevan consigo á paso ligero. El público se abstiene de toda intervención material, pero aplauden si él y ella hacen buena pareja por su fuerza y su belleza. Seguro del objeto llevado, *beati possidentis*, los substractores entablan nuevas negociaciones sobre bases nuevas, y es forzoso transigir y humillarse.

Tres días después de capturada, la Sabina huye de la casa conyugal y se refugia en casa de los padres que la han vendido. El esposo llega y la reclama; la esposa llora y grita, golpea, muerde, araña y termina siguiendo al bandido de su marido—al defensor de su cuerpo, bien entendido, porque el monstruo ha ido seguido de un grupo escandaloso que se presenta en actitud

amenazadora;—es preciso ceder. Si se llevasen las cosas hasta el extremo, ¿quién sabe los excesos á que esos ganapanes se entregarían? En definitiva, todas las conveniencias han sido cubiertas, la recién casada ha dado pruebas de amor filial, y el novicio ha demostrado estar enamorado de su presa, por fiero y mal sujeto que parezca.

Una ley sálica, tan justa é inteligente como la que regía no ha mucho el reino de Francia—«lo más bello bajo el cielo»—prohibía á la khouda retener ningún efectivo por la razón de: «Inapta para defender, inapta para poseer.» Excluída de la propiedad, y por consecuencia privada de todo derecho, la mujer no dispone ni siquiera de su persona, capturada y llevada por la fuerza. Pero importa poco que la propiedad le sea negada á quien se ampara del propietario. La hija de Eva no falla nunca, y no obstante el dedo brutal que le rascó el talón, ella no es apenas esclava. Pues nosotros la vimos árbitro en las diferencias, juez de paz, consejera siempre escuchada en cuestiones públicas y privadas, admitida hasta en los concejos de la tribu. Se la ve en comunicaciones incesantes con las mujeres de los rajahs tratando juntas de los intereses públicos. A su vez, los rajahs, cuando quieren establecer alguna alianza, recurren á esas auxiliares, mandan encargadas de negocios sacadas de sus serrallos, á bellas mujeres que los patriarcas y los guerreros escuchan con satisfacción. Los enemigos hubieran sido intratables, pero ante la hermosura rinden las armas.

La exogamia bien comprendida es la que proporciona á la khouda su alta posición de conciliadora. Su padre y su suegro se encontrarán en un campo de batalla; sus hermanos y cuñados se lanzarán hachazos; pero ella será siempre admitida para curar las heridas del guerrero, para besar los pálidos labios del

agonizante. Será la primera en sugerir la paz, la más ardiente defensora, la más hábil para alcanzarla.

Comprada con dinero contante, cambiada por objetos de mobiliario, esa mujer debiera ser una esclava y es una señora. Se la ha vendido cara y bien cara, y tendrán buen cuidado en no deteriorarla. A medida que el rapto se transforma en compra, la cuestión del dinero predominó; como consecuencia, las conveniencias particulares del hombre fueron subordinadas á las de los parientes que saldaban. Consultando sus preferencias, se procuraban una nuera á su gusto, una casera entendida y fuerte para el trabajo. Con objeto de prevalerse contra las decepciones, la tomaban joven de catorce á diez y seis años, edad en la que la muchacha de esas regiones está ya formada de cuerpo y de carácter. Para que el hijo no tuviese la pretensión de obrar á su capricho, se le casaba cuando sólo contaba diez ó doce años; Toutou se lo encaramaba sobre la nuca y le canturreaba: «¡Arre, caballo! ¡arre, caballo! ¡Vamos á secuestrar á una señorita! ¡Arre, arre! ¡Y se la daremos á Toto! ¡Vomos, vamos!» Terminada la comedia del secuestro, el muchachuelo esperaba la consumación del casamiento, que el padre retardaba siempre por razones sólo de él conocidas. Sin embargo, no se sabe que el padre khoud haga lo que los reddies de Tinevally, los vellalah de Combaitore y muchos mujiks rusos, los cuales se toman la pena de dirigir ó instruir en la fisiología conyugal á la hija política que han casado con su rapazuelo, y la cual, en espera del esposorio oficial, conduce á su pequeño marido tocando el tambor. El día de la boda se le hace entrega al esposo de su mujer y varios hijos ya crecidos. Durante los años de aprendizaje, el khoudete se acostumbra á éstas bajo la dirección de la khoudeta, su legítima y su pretendida todo al mismo tiempo.

Cuando tenga, por fin, el derecho de hablar como amo, ¿podrá alcanzar el terreno que ella le lleva ganado?

La esposa es tan poco tratada como esclava que, pasados seis meses de cohabitación, se le reconoce el derecho de abandonar á su marido si su compañía no le place. Si le parece, se marcha para no volver jamás. En ciertas partes se le permite marcharse aún cuando esté en cinta; mientras los niños son pequeños, la madre carga con ellos; el padre puede solicitarlos cuando ya son mayores. En otras partes se tienen menos complacencias; la mujer no puede abandonar el hogar de su marido ni estando embarazada ni antes de haber destetado á su pequeño; si no tiene hijos, no se le opondrá ninguna dificultad para marcharse. De cualquier modo que sea, el padre de la descontenta viene obligado á reembolsar hasta el último céntimo de los que por su hija pagó el marido divorciado. Al reintegrarse á la casa paterna, la joven queda reconocida como habiendo recuperado su antigua condición de soltera. Sólo que para contraer segundas nupcias no necesitará ser secuestrada. Por cada cien individuos adultos, lo menos sesenta permanecen célibes, y cualquiera de éstos la recibirá con los brazos abiertos si ella solicita hospitalidad. Si el hombre al que ella distingue se sustrae á sus caricias, entonces el clan entero responde por él, la protege, le da buena cama y todo lo demás hasta que se declare satisfecha. Recuerdos de poliandria.

Durante el curso de su carrera conyugal, la khouda que se tiene en estima ha ejercido su derecho á cambiar tres, cuatro, cinco ó más veces. Rara anomalía: la recíproca no está admitida para el marido. Si quiere agregarse una concubina, ha de ser con el consenti-

miento de su legítima. No puede, como su compañera, alegar la incompatibilidad de carácter ú otra; sólo podrá divorciarse en caso de adulterio notorio, de falta de buena conducta flagrante y prolongada por parte de la señora, á la cual la opinión está lejos de juzgar con rigor por algunas faltas al contrato. Si él la sorprende en actos criminales, todavía de hecho le está prohibido. Sería una vergüenza golpear á su mujer, faltaría al respeto si insultara al amante. Si usa algún rigor, consistirá en echar de su hogar á la infiel durante uno ó dos días hasta que el amante haya pagado la multa: un cerdo, doce reses es lo que debe pagar como indemnización. En algunas partes, no obstante, el honor exige que el amante y el marido, sin esperar la entrega de la indemnización, se cojan por los cabellos y se sacudan bravamente ante una asamblea imparcial, que aplaudirá los golpes más certeros. Toda arma que no sean las naturales, queda prohibida; entre hermanos, conciudadanos y *cogentiles*, puñetazos y patadas han de bastar. Además, propiamente dicho, no ha habido adulterio: un primo ha ocupado el puesto que pertenecía á otro primo, pero todo ha pasado en familia. Después del duelo, Páris y Menelao se dirigen recíprocos cumplidos y se celebra un banquete que sirve la bella Elena. La misma costumbre existía hasta hace poco en Mingrelia, en donde un cerdo de indemnización bastaba para reconciliarse. La esposa khouda gana en consideración si el accidente se repite de vez en cuando. Tantos galanes probados en justicia, tantos títulos de honor. Las matronas de edad provecta, morigeran á las jóvenes alabándose: «Yo, mi joven amiga, á tu edad ya había hecho pagar multa á éste, á aquél, al otro, al de más allá...» Es tan decente en el decir y tan reservada en sus palabras, que ni siquiera se atreve á decir: «mi marido», sino que expresa preferentemente la circunlocución: «el padre de mis

hijos»; ello no obstante, no teme coronar á ese padre. En Khoudia es una bagatela: la doctrina de la filiación paternal ha de consolidarse aún. Dos ó tres siglos tienen poca importancia en la materia, y el tiempo pasa con lentitud perezosa. Aquí, la familia individual no se ha ocultado aún detrás de la muralla de la vida privada; la comunidad masculina no ha abandonado completamente sus derechos regalistas sobre la persona de cada mujer y su progeñie. El fondo de la institución matrimonial es todavía poliándrico, resultante de la escasez de mujeres, motivada esta escasez por la carencia de subsistencias.

Quando los lazos del casamiento individual tienen tan poca tensión, no hay que pedir severa cuenta sobre las prácticas imaginadas por los buenos campesinos para la prosperidad de los campos, el crecimiento de los cereales y la conservación de una recolección abundante. Se nos ensalza á Ceres la legisladora, Demeter que moralizó nuestra especie; así queremos admitirlo, pero ello no obsta para que los «Misterios de la buena Diosa» han empezado en todas partes, hasta en el Nuevo Mundo (1), por ser orgías difíciles de describir. Nuestros khouds no hacen como los thotigars de la India meridional, los cuales exigen á sus esposas que se entreguen al primero que llegue, á fin de que la tierra, tomando ejemplo, haga germinar los granos depositados en su seno. En la época de la sementera tienen lugar fiestas que recuerdan las de la Mylitta babilónica y aquellas en que las hijas de Israel honraban á Astarté prostituyéndose al aire que aventaba el trigo de las eras (2). Esos thotigars erigen sobre los bordes

(1) Por ejemplo la *Fiesta de la Cosecha* entre los Muyséas.

(2) Oseas, IX, 1.

de los caminos aquí una tienda, allá una barraca, que rodeaban de helechos y guarnecían con refrescantes. Bajo esos abrigos los esposos instalan á sus compañeras y van ellos mismos á *recoger* á los que pasan, y si es necesario los invitan con insistencia diciéndoles: «¡Procurad el bien público, la abundancia de pan!» En materia de fe es inútil discutir.

Añadamos que entre los khouds y diversos kolarianos, el adulterio — si cabe un término tan grueso en tan frágiles matrimonios, — el adulterio es de derecho cuando se presenta un cazador de tigres, al cual se le han de rendir honores casi divinos. Después de una cacería feliz, las mujeres le rodean danzando y cantando:

«Quien ha cazado el tigre tendrá la más hermosa.»

¡Cuántas se creen entonces las más bellas! ¡Y cuántas familias serían felices y orgullosas teniendo un retoño salido del matador de tigres!

Puesto que vendemos nuestras hijas, vendámoslas caras, dicen los productores. Probemos la nobleza y distinción de nuestra progenitura colocándola á precios elevados. En Singbhoum se establece el curso medio, para una damisela de buena familia, en cuarenta cabezas de ganado mayor, entregadas *al contado*. Toquemos y toquemos, tomad ó dejad. Nuestra hija esperará; es honesta, prefiere el celibato al deshonor de ser vendida á bajo precio. Tanto peor para las vírgenes de alto precio si las dejan de cuenta, tanto peor para los jóvenes tímidos y perezosos ante el rapto. Pero digan lo que quieran, los padres no sienten satisfacción en que sus hijas no tengan raptor; se indignan si un ladrón, adjudicándose una *encarecida*, parece dispuesto á pagar en garrotazos. ¿Cómo remediar ese inconveniente?

Para que el mercado no esté colmado, los padres de familia, aun manteniendo el precio, disminuyen la mercancía; practicando el infanticidio en gran escala, disminuyen la oferta para hacer que aumente la demanda. Esos salvajes poseen su curso de economía política, como Mac Culloch y Ricardo. ¡Cuántas molestias, sin embargo, en esas industrias! La cosa comprada tiene piernas, quiere que el comprador sea de su gusto; sin remordimiento, la *pájara* deja al primer marido y corre en busca de un segundo. El suegro será mandado para la restitución. Pero ya no posee la suma, la ha gastado toda ó parte. El vendedor tiene, es cierto, el derecho de repetición contra su nuevo yerno; pero éste, teniendo ya el precioso objeto, no tiene ninguna prisa en entregar el dinero. Sin embargo, ha prometido saldar; pero he aquí que en el momento de efectuar el pago, la mujer, inconstante como tantas otras, se refugia en casa de un tercero, ¿quién sabe si bien pronto estará en casa de un cuarto?... Para colmo de dificultades, los esposos pertenecen á tribus distintas, las cuales, de un momento á otro, pueden declararse la guerra. Uno de esos maridos á crédito puede morir en la batalla — estas son frecuentes y mortíferas, — y ¡adiós, acreedor! Por más que las tribus responden de las deudas que contraen sus miembros, más de uno fué arruinado por la veleidat de una joven vendida á alto precio. Decididamente el comercio es demasiado aleatorio; preferible es renunciar. Esos honrados criadores no ignoran que las poblaciones vecinas, vendiendo sus sujetos femeninos á precios puramente nominales, están al abrigo de esos inconvenientes: bagatela recibida, bagatela reintegrada. Pero los patriarcas exclaman: «Nosotros no somos de esos que truecan sus hijas por un pedazo de pan.»

Por eso es por lo que algunas tribus aristocráticas no producen más que machos, é importan las mujeres

necesarias; lo más que dejan con vida es la mayor, si hay proyecto de alianza con alguna alta casa extranjera. Recorriendo algunos pueblos, Macpherson veía muchos muchachos y ninguna ó muy escasas niñas; según sus cálculos, suprimen esos desgraciados dos terceras ó tres cuartas partes de los nacimientos femeninos.

No obstante, la «voz de la sangre» se deja sentir á veces. Las desgraciadas chiquitinas no eran siempre inmoladas de propio intento; con gusto se las dejaba alguna probabilidad de salvación, cayendo sobre los dioses la responsabilidad de las muertes. Los sacerdotes, ó *djannis*; los astrólogos ó *desauris*, consultaban el horóscopo por medio de un libro: arrojaban el punzón, con el que escribían arañando las hojas de palmera, el paraje tocado decidía la vida ó la muerte. ¿La muerte? Pues los padres cogían á la inocente, la maculaban de rayas rojas y negras, la introducían en una especie de orza nueva que tapaban y cubrían de flores — la estética engalana hasta el asesinato, — llevaban el todo en la dirección del viento designado como amenazador, cubrían con tierra el cachorro, degollaban un pollo encima de la huesa, y todo había terminado.

Lo hemos hecho observar ya varias veces: el infanticidio femenino es más general entre las nobles razas que entre las pobres y miserables. También los radaputas, pueblo aristocrático y guerrero, que tiene varios rasgos comunes á los khouds, cansados de arruinarse en regalos de boda á sus hermanas y á sus hijas, á las cuales hacían presente de un magnífico dote, aun cuando antes se lo hubieran quitado, imaginaron ahogar á las pobres criaturas en un baño de leche caliente. ¡Pedían leche las inocentes! ¡Pues leche se les daba! Leche tibia, fijarse bien; hubiera sido tener mal corazón sumergirlas en un líquido frío al tacto. ¡Hasta en qué extremos se encuentra la sensibilidad!

Hagamos callar la indignación que excitan los actos

desnaturalizados. Los primitivos, no disponiendo sino de insuficientes recursos alimenticios, no creyendo que los recién nacidos tengan una alma de la cual valga la pena ocuparse, hacen bien poco caso de los abortos y de los infanticidios. ¡Y cuántos pueblos civilizados, en la India, en la China y hasta en otras partes, miran como una desgracia el nacimiento de una niña! ¡Cuántos la abandonan ó la dejan morir de hambre lentamente! Una secta doctrinaria ha predicado la práctica del malthusianismo como acto de elevada previsión doméstica. ¡Cuántas respuestas absurdas y crueles no ha provocado el problema social! Las hijas que sería difícil casar en su rango, su casta ó su fortuna, en los pueblos cristianos y en las naciones budistas las *hacen religiosas*, se deshacen de ellas encerrándolas en un convento. Pero los no civilizados prefieren desembarazarse radicalmente: eso es menos hipócrita. Y los khoud podrían añadir que ellos tienden á establecer el equilibrio ante el consumo de hombres en las guerras y los combates heroicos.

Infanticidios aparte, los padres demuestran un afecto y una ternura sugestiva hacia sus pequeños. Deceosas de ser madres — de un niño, bien entendido, — la joven esposa importuna á las divinidades para tener bendito el vientre. Si el embarazo se hace esperar, va á peregrinar por márgenes de arroyos y ríos, donde un sacerdote la asperja pronunciando palabras sacramentales. Desde mucho tiempo antes de nacer se inquieta por el nombre que deberá ponerle á su hijo, nombre que será el de uno de sus abuelos, pues estos se las arreglan para renacer en la familia. Durante la siega ú otros trabajos, la madre se ata á la espalda el mamentón y lo lleva así todo el día, añadiendo esta fatiga á la de la hoz ú otra herramienta. ¿Pero tiene ella la candidez suficiente para creer lo que enseñan los teólogos y astrólogos del país? ¿Que el dios Sol,

habiendo observado los funestos efectos de la pasión sexual, ordenó limitar el número de las mujeres? ¿Que dejarlas vivir todas haría imposible la paz y el orden social? ¿Que moral é intelectualmente son inferiores al hombre, á sus señores y amos, que tan bien saben ellas manejarlos? ¿Que por la mujer, más que el hombre sujeta al pecado, el pecado entró en el mundo?

Las almas de los muertos vuelven á las familias, según dicen, en las que renacen de generación en generación. Pero la recepción de una alma no es definitiva antes de la *nominación*, que tiene lugar siete días después del nacimiento. Si el niño recibe el nombre de Pablo más bien que el de Pedro, el antepasado Pablo renueva su contrato de existencia, y Pedro tendrá paciencia. Si se trata de una niña y esta es condenada á muerte por el horóscopo, el alma comprenderá, sin que sea necesario insistir más, que la familia no quiere saber nada de su persona. Irá á colocarse á otra parte, á hacerse adoptar por otro pueblo. Así disminuirá la cantidad de almas femeninas en provecho del elemento masculino. En virtud de ese razonamiento, algunos chinos de Herkka y de Cantón mataban á las niñas en cuanto nacían, ó bien les cortaban las orejas y la nariz y las despellejaban, decían ellos, para disuadirlas de renacer en el sexo inferior. Algunos energúmenos injuriaban y martirizaban á las madres, á las que acusaban de complicidad con la miserable criatura (1).

Como resultado de las supresiones efectuadas, las supervivientes costaban caras en el mercado matrimonial de Khouidia, gozaban de alta consideración en las relaciones públicas y privadas. Se afirma ¿será verdad?

(1) China Riview.

que ellas insisten más que sus maridos en la conservación de la cruel costumbre.

Para descansar de los trabajos agrícolas, nuestros indígenas alternan con los de la caza; después de haber manejado el azadón y el curvo arado, suspiran, pero con placer, después de las terribles excitaciones de la guerra, que los subtrae de las monótonas prácticas cotidianas y los sacude violentamente. Esa necesidad de emociones se la procuran en bailes desesperados, en borracheras, pero á veces el temperamento exige más. Entonces juzgan necesario medirse con cualquier rival de su talla: es cuestión de demostrar fuerza y valentía, de hincharse de orgullo y de refrescar el esplendor de la antigua gloria. Matarse entre hermanos es un instinto de antiquísima animalidad. Aunque las razas inferiores estén dotadas en su mayoría de enorme poder prolífico, no se multiplican con exceso, por ser presa unas de otras y de las especies superiores. Estas desbordarían si entre ellas no se destruyeran, si ellas no velaran con rigor inflexible y cruel severidad por no rebasar cierto límite. Al principio de su existencia, el animal de alta especie, débil aún y expuesto á mil peligros, paga á la mortalidad el tributo que exigen el crecimiento, la aclimatación y diversos aprendizajes. ¡No es pequeña victoria llegar sano y salvo á la edad adulta! Inmensa es la victoria de haber vencido en mil y mil ataques que cada uno podría haberle sido fatal: patentes y latentes, directos é indirectos, visibles é invisibles. Después de haber triunfado sobre el mundo entero, puede decirse, surge el mayor de los peligros: la lucha contra iguales, los combates contra los camaradas, contra el hermano, contra sí mismo. Sus pequeños, en iguales condiciones

han prosperado. En excelentes condiciones van á medir sus fuerzas; el más robusto cumplirá el gran acto fisiológico, y perpetuará la especie. «Al más fuerte la más bella.» La guerra es un hecho primordial, un artículo orgánico del rescripto otorgado por la naturaleza á las poblaciones primitivas. La lucha azota la sangre, despierta las dormidas energías, suprime á los débiles por la muerte inmediata, ó por la muerte indirecta en el sentido de que no se reproducirán más. Fiestas y banquetes son otros tantos motivos para riñas y batallas; los machos, modelados con más grosero limo que las hembras, parece que nada puede distraerles más que los puñetazos, pedradas, talonazos y patadas. Al empezar el siglo XIX, aun en varios puntos de Irlanda, de Inglaterra y la Bretaña francesa, los adultos se entregaban los domingos por la tarde á la borrachera y á golpearse. En Aragón y en alguna otra provincia, era hermoso desenvainar el cuchillo, esgrimirlo, después envolver la hoja en un pañuelo gritando: «¡Eh! ¿quién es el majo que quiere probar mi punta? ¡Dos pulgadas, tres, cuatro pulgadas! ¿Quién quiere juguete? ¿Quién? ¡Adelante los guapos!

Los pueblos salvajes de la India y de la Indo-China tienen también sus luchas heroicas. Una ó dos veces en el año, los machos se reúnen; para espabilarse se cogen por los cabellos, se empujan y sacuden de lo lindo, no empleando en ese juego otras armas que las de madre Natura, armas mortales á veces. Pero los khouds, apasionados por el oficio de las armas, tienen esos juegos por indignos y groseros: «Juegos de manos juegos de villanos.» Escuchemos la leyenda:

«En otros tiempos, nosotros no hacíamos nada mejor que los otros. Como á los monos, como á los tigres y á los osos, garras y dientes nos bastaban; se hacía también uso de piedras y estacas.

»Pero los dioses, en su alta bondad, nos dieron como

presente el hierro. Uno de ellos se quedó con nosotros, el dios Tigre, Loha Pennon, dios de la Guerra, genio de la Destrucción, que un día surgió de la tierra en forma de hoja de acero.

»Al principio, el hierro no tocaba criatura viva sin que la matara en el acto; pero los dioses, siempre complacientes, le quitaron algo de su veneno, diciendo: «¡Hierro, tú matarás, pero no siempre! De todos aquellos »á quienes muerdas, todos no morirán, algunos languidecerán, otros curarán.»

»Terrible es siempre la virtud del hierro. Que un sacerdote entierre bajo un árbol el cuchillo del Gran Tigre, el árbol palidecerá y morirá. Que arroje el cuchillo en un río, su cauce se secará.

»Al dios alterado le hace falta sangre. Su propio sacerdote le es inmolado después de cuatro años de leales servicios. Loha necesita mucha sangre; por eso ha instituido la guerra, ordenando que ella fuese nuestra más noble ocupación.

»La guerra, la guerra eterna, es la salvación del pueblo. Para alimentar la guerra, Dios permitió, Dios ordenó que se suspendiera á treguas, que se entremezclara con armisticios, durante los cuales se cultiva el suelo y se procrean hijos que á su vez se batirán matándose entre ellos.»

Todo pueblecito, todo grupo de chozas posee un bosquecillo en el que ni mujer ni niño pueden penetrar; está consagrado al dios de la guerra que preside las batallas entre los khouds y extranjeros, pero no á las riñas que pueden estallar entre grupos de una misma tribu. Loha, dios del hierro, se ha convertido en un viejo cuchillo. Clavado en el suelo tres cuartas partes de su hoja, emerge lentamente cuando una batalla se prepara, y vuelve á clavarse de nuevo cuando ya hay suficiente sangre. El sacerdote vigila con ojo atento la altura del cuchillo, los movimientos de ese baró-

metro delicado; pues la divinidad, si tardaran en satisfacerla, se vengaría convirtiéndose en tigre devorador, en epidemia devastadora. Por el aviso que da el hombre de los altares, los ancianos se reúnen y deliberan siguiendo las reglas y preguntas: «¿Loha está verdaderamente despierto? ¿Es cierto que está inquieto? ¿Se siente colérico? ¿Y contra quién la guerra?»

Los guerreros preparan las armas y demás instrumentos militares. A su Marte Apolo le ofrecen un pollo con arroz rociado de arrak, pequeña comida que consume el dios. Después de esto, el sacerdote le habla con solemnidad:

«Oh Dios, hemos tardado á ponernos en pie de guerra. ¿Hemos olvidado alguna de tus prescripciones? ¿Hemos tardado demasiado tiempo esperando que crecieran nuestros hijos y pensando en que había que alimentar á nuestro mundo?»

«Sea lo que fuere, tu augusta voluntad se manifiesta por las depredaciones del tigre, por las calenturas y las oftalmías, las úlceras que roen y los reumatismos que afligen.

»¡Te obedecemos, Señor!

«He aquí nuestras armas. Sólidas ya lo son; hacedlas agudas y cortantes. Dirige nuestras flechas, dirige las piedras de nuestra fronda.

»¡Ensancha las heridas que harán á los enemigos; y si las heridas se cierran, que quede la debilidad y la impotencia! ¡Pero que nuestras heridas se cicatricen y se curen tan pronto como se seca la sangre sobre la tierra!

»¡Que las armas hostiles sean frágiles como las silicuas del árbol *karta*, pero que nuestras hachas, poderosas como las mandíbulas de la hiena, aplasten los huesos y trituren las carnes!

»¡Que nuestros hombres de pequeña estatura abatan á los gigantes!

»¡Haz, oh dios, que durante la batalla nuestras esposas se sientan orgullosas de traer la comida á bravos como nosotros! ¡Que las tribus forasteras, admiradoras de nuestras hazañas, nos ofrezcan sus hijas!

»Ayúdanos á saquear los pueblos, á secuestrar los ganados, á robar tabaco. Que nuestras mujeres tengan para su uso vasijas de cobre. Que las lleven gozosas á sus parientes.

»¡Asístenos, oh Dios! Asiste también á nuestros aliados en recompensa á los muchos pollos, cerdos, ovejas y bueyes que te ofrecemos.

»Que qué es lo que te pedimos? Que sea fuerte tu mano para la ejecución de las órdenes que nos has dado. Que nos protejas á nosotros como protejiste á nuestros héroes antepasados. ¡Acoge, oh Dios, nuestras súplicas! ¡Loha, divinidad guerrera, que el hierro tenga en nuestras manos su virtud primera! Que nosotros seamos ricos gracias á su filo. ¡Ya ricos, te encareceremos, oh nuestro Protector y Amigo!»

Inmediatamente los guerreros cogen sus armas benditas por el contacto del altar, y las sacuden por encima de sus cabezas. El sacerdote impone nuevamente silencio y recita la liturgia del Hierro:

«Al principio el Dios de la Luz creó las montañas, creó los arroyos, creó las llanuras, los bosques y las rocas, creó los animales domésticos y los de caza. Después de eso creó al hombre y luego al Hierro.

»Pero el hombre ignoraba aún el uso del hierro.

»Una mujer, Ambali Baylia era su nombre, vivía con sus hijos, dos guerreros... Un día, aparecieron heridos con los pechos ensangrentados. Ella preguntó:

»¿Qué tenéis, hijos míos?

»Y contestaron: — Con las gentes de allá abajo nos hemos divertido con hojas de gladiolo, nos hemos hecho cosquillas en los costados.